

Podemos decir con toda honestidad que S.S. Benedicto XVI, es sin duda el Papa de la Palabra. Admira comprobar cómo conoce la Escritura y los comentarios a ella de los Santos Padres; cómo la relaciona; cómo le cita; cómo la actualiza; cómo la vive. Por ello, es el Papa de la Palabra y un maestro extraordinario de la Palabra del Señor. En distintas ocasiones y foros le han preguntado lo que significa para él la Palabra de Dios y como hay que adentrarse al océano de las Escrituras. He aquí una de sus respuestas.

En primer lugar, es preciso leer la Biblia no como un libro histórico o literario cualquiera, por importantes, hermosos o relevantes que sean sus contenidos y su autor. La Biblia hay que leerla como Palabra de Dios, es decir, entablando una conversación con Dios, que me habla y me llama a través de su Palabra. Hay que llamar a esta puerta, como afirmaba San Agustín -"he llamado a la puerta de la Palabra para encontrar finalmente lo que el Señor me quiere decir"- con alma orante, con espíritu humilde, con disposición del corazón, con apertura de la mente.

En segundo lugar, la Sagrada Escritura nos introduce en la comunión con la familia de Dios. Por ello, no se puede leer por libre, a ráfagas y a ventoleras. No basta con una lectura individual, menos aún con una búsqueda y sensibilidad fundamentalista. Hay que dejarse ayudar por los grandes maestros de la Palabra de Dios que tienen experiencia de la fe, que han penetrado en el sentido de la Sagrada Escritura, y por los miembros de nuestras propias comunidades. Por supuesto, que es precisa una lectura personal de la Biblia. Pero lectura personal no significa hacerlo fuera de la comunión de la Iglesia.

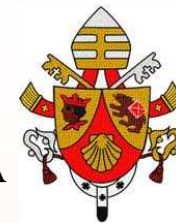
Y es la comunión eclesial, la tercera clave para una lectura y una vivencia fecundas de la Palabra de Dios. La Sagrada Escritura tiene dos sujetos: el sujeto divino -Dios que habla y quiere implicar al hombre en su Palabra- y un sujeto permanente que es su Pueblo, su Iglesia y que nos muestra y nos reparte esta Palabra de salvación a través de la Liturgia y del Magisterio. Dios nos habla personalmente con su Palabra y lo hace a través de su Iglesia.

Es por ello que el mayor signo de la importancia que tiene la Palabra de Dios contenida en la Escritura, para Benedicto XVI es la Exhortación Apostólica Postsinodal "**Verbum Domini**". Ya que en esta se nos ofrecen líneas fundamentales para revalorizar la Palabra de Dios en nuestro tiempo como, Palabra divina que debe ser el corazón de nuestra liturgia y catequesis, y animar toda actividad pastoral misionera. Ésta tiene una enorme dimensión social, es promotora de Justicia, reconciliación y paz; sale de los límites de cada cultura, para entrar a la universalidad que nos una como hermanos e hijos de Dios. Es una Palabra abierta al diálogo intercultural y religioso. Es Palabra de Dios.

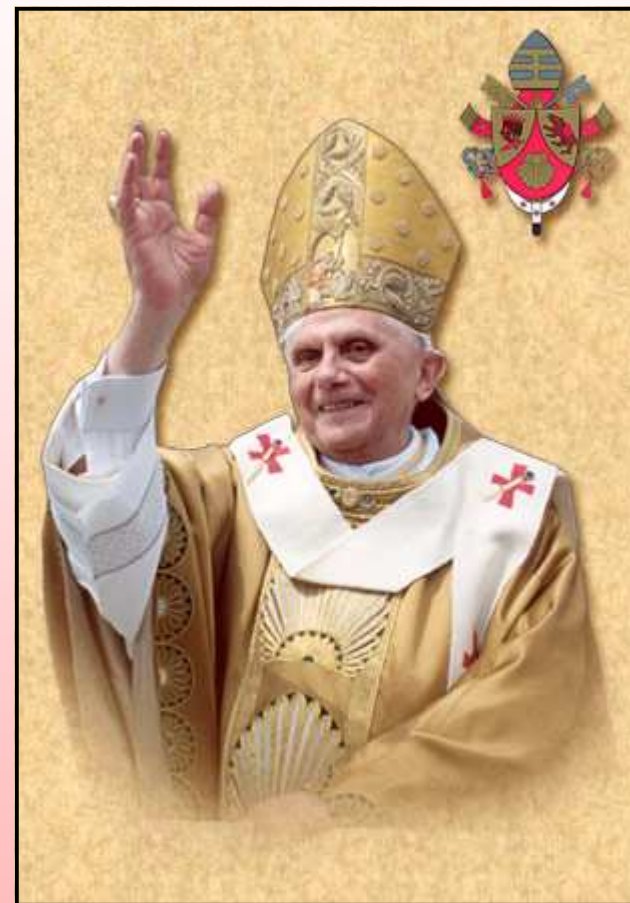


VIAJE APOSTOLICO 2012

CONFERENCIA DE EPISCOPADO
MEXICANO
COMISIÓN DE PASTORAL PROFÉTICA



S.S. BENEDICTO XVI IMPULSOR DE LA PALABRA DE DIOS



EL PAPA BENEDICTO XVI, IMPARTIENDO LA BENDICIÓN. ROMA 2005

“Yo te digo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y los poderes del infierno no prevalecerán contra ella yo te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo”.

(Mt 17, 18-19)

S.S. BENEDICTO XVI
GRAN IMPULSOR DEL ESTUDIO Y MEDITACIÓN
DE LA PALABRA DE DIOS

Nos llena de alegría la próxima visita del Papa a estas hermosas tierras de América, el Continente de la esperanza, por ello nos damos a la tarea de preparar su venida mediante estas reflexiones: Llama la atención, cómo su S.S. Benedicto XVI, ya desde antes de ser electo Papa, ha exhortado e impulsado a estudiar y meditar la Palabra de Dios, contenida en las Sagradas Escrituras. Como se nota en el encuentro de biblistas, cuando habla a la Asamblea¹: “La Iglesia no vive de sí misma sino del Evangelio y encuentra siempre y de nuevo su orientación en él para su camino. Es algo que tiene que tener en cuenta cada cristiano y aplicarse a sí mismo: **sólo quien escucha la Palabra puede convertirse después en su anunciador**. No debe enseñar su propia sabiduría, sino la sabiduría de Dios, que con frecuencia parece necesidad a los ojos del mundo (Cfr. 1Cor 1, 23)”.

La comunidad cristiana sabe bien que Cristo vive en las Sagradas Escrituras. Precisamente por este motivo, como subraya la Constitución, siempre ha tributado a las Escrituras divinas una veneración parecida a la dedicada al mismo Cuerpo del Señor (Cfr. «Dei Verbum», 21). Por ello, san Jerónimo decía con razón algo que cita el Documento conciliar: *la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo* (Cfr. «Dei Verbum», 25). Iglesia y Palabra de Dios están inseparablemente unidas entre sí. La Iglesia vive de la Palabra de Dios y la Palabra de Dios resuena en la Iglesia, en su enseñanza y en toda su vida (Cfr. «Dei Verbum», 8). Por este motivo, el apóstol Pedro nos recuerda que *ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia; porque nunca profecía alguna ha venido por voluntad humana, sino que hombres movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios*» (2Pe 1, 20-21)

Damos gracias a Dios nos sigue diciendo el Papa, porque en estos últimos tiempos, gracias también al impulso dado por la Constitución dogmática «Dei Verbum», se ha reevaluado más profundamente la importancia fundamental de la Palabra de Dios. De esto se ha derivado una renovación en la vida de la Iglesia, sobre todo en la **predicación**, en la **catequesis**, en la **teología**, en la **espiritualidad** y en el mismo **camino ecuménico**.

1. El discurso que dirigió un viernes Benedicto XVI en el patio de la residencia pontificia de Castel Gandolfo a los de 400 participantes en el congreso internacional «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia», que se celebró en Roma del 14 al 18 de septiembre de 2005 con la participación más de 400 expertos de 98 países, entre ellos un centenar de obispos. La iniciativa recuerda los cuarenta años de la promulgación de la constitución dogmática sobre la Revelación divina «Dei Verbum» del Concilio Vaticano II en 1965.

La comunidad eclesial, añade el Papa, debe renovarse siempre y rejuvenecer pues la Palabra de Dios, que no envejece ni se agota, es el medio privilegiado para este objetivo. De hecho, la Palabra de Dios, a través del Espíritu Santo, nos guía siempre de nuevo hacia la verdad plena (Cfr. Jn 16, 13).

En este contexto, quisiera evocar particularmente y recomendar la lectura asidua de la Sagrada Escritura, señala el Papa, acompañada por la oración, ya que esta permite ese íntimo diálogo en el que, a través de la lectura, se escucha a Dios que habla, y a través de la oración, se le responde con una confiada apertura del corazón (Cfr. «Dei Verbum», 25). Si se promueve esta práctica con eficacia, estoy convencido de que producirá una nueva primavera espiritual en la Iglesia. Como punto firme de la animación bíblica, la «Lectio divina» tiene que ser ulteriormente impulsada, incluso mediante nuevos métodos, atentamente ponderados, adaptados a los tiempos. No hay que olvidar nunca que *la Palabra de Dios es lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino* (Cfr. Sal 118/119, 105).

Y en una tarde de Octubre, al comienzo del Sínodo sobre la Palabra, el S.S. Padre, a la hora de las vísperas en su reflexión decía: “Queridos hermanos y hermanas: Al inicio de nuestro Sínodo, la liturgia de las Horas nos propone un pasaje del gran Salmo 118 sobre la Palabra de Dios: un elogio de esta Palabra, expresión de la alegría de Israel por poder conocerla y, en ella, poder conocer su voluntad y su rostro. La Palabra de Dios es como una escalera con la que podemos subir y, con Cristo, también bajar a la profundidad de su amor. Es una escalera para llegar a la Palabra en las palabras. “Yo soy tuyo”. La palabra tiene un rostro, es persona, Cristo. Antes de que podamos decir “Yo soy tuyo”, él ya nos ha dicho “Yo soy tuyo”. La carta a los Hebreos, citando el Salmo 39, dice: *“En cambio, me has preparado un cuerpo... Entonces dije: He aquí que vengo”*. El Señor se ha hecho preparar un cuerpo para venir”².

Por ello, la verdadera lectura de la Sagrada Escritura, la exégesis, no es solamente un fenómeno literario, no es sólo la lectura de un texto. Es el movimiento de mi existencia. Es moverse hacia la Palabra de Dios en las palabras humanas. Sólo cuando nos conformamos al misterio de Dios, al Señor que es la Palabra, podemos entrar en el interior de la Palabra, podemos encontrar verdaderamente en palabras humanas la Palabra de Dios. Recordemos las palabras de Jesús que sigue esas palabras del Salmo: *“Los cielos y la tierra pasarán, pero mi palabra no pasará jamás”*

2. Meditación del Santo Padre Benedicto XVI, al inicio del Sínodo, durante la celebración de la hora tercia en el Aula Sinodal en el 2009. Cd. del Vaticano.